

El fascismo y el antifascismo en la historiografía y en la esfera pública de la Italia republicana (*)

Claudio Natoli

1. La historiografía sobre el fascismo y el antifascismo ha conocido, en la Italia de la segunda posguerra, diferentes fases de desarrollo, directamente relacionadas con la evolución más general del clima político-cultural de la Italia republicana. Durante los primeros años que siguieron a la Liberación, la reflexión histórica estuvo determinada por dos factores: por un lado, la aceptación del antifascismo como valor fundacional del nuevo Estado y de la Constitución republicana, que constituyó un trasfondo común sea a las corrientes de tipo liberal-democrático y “accionista”, sea a las de inspiración marxista; por otro lado, el patrimonio cultural e ideal que fue sedimentándose durante el *ventennio* fascista, y que tenía como puntos de referencia la acción clarificadora de los intelectuales exiliados, la cultura política de los partidos antifascistas y la “religión de la libertad” que había marcado desde los últimos años veinte la obra histórica y filosófica de Benedetto Croce.

Esta primera fase de estudios desembocó en las primeras reconstrucciones de conjunto sobre los orígenes y evolución de la dictadura fascista, y se caracterizó por un elevado compromiso ideal y civil, así como por un nivel científico que, para la época, era de notable relieve: bastará recordar aquí el gran fresco histórico trazado por A. Tasca en *Nascita e avvento del fascismo*¹, o el trabajo de Federico Chabod *L'Italia contemporanea*², aún hoy rico de comentarios iluminadores, o también el volumen publicado algunos años después de Luigi Salvatorelli y Giovanni Mira, *Storia d'Italia nel periodo fascista*³. El mayor límite de esta literatura histórica estaba, sin embargo, en su carácter prevalentemente ético-político y en el análisis del régimen fascista sobre todo desde el punto de vista de sus aparatos institucionales de dominio y represión, y de su naturaleza belicista, no tanto desde una perspectiva más atenta a los lazos entre Estado y sociedad, a la organización de las masas o, menos aún, a su relación con la precedente historia de la Italia liberal. Así este tipo de análisis ponía el acento, sobre todo, en las rupturas político-institucionales y dejaba en la sombra tanto los elementos de continuidad del Estado, como los procesos de crecimiento y transformación de las estructuras económicas y sociales que habían tenido lugar durante el periodo fascista. En esencia, se corría el riesgo de presentar la dictadura fascista como el surgimiento de una minoría violenta e impuesta desde lo alto, ajena a la sociedad y a la gran

(*) Este texto reproduce la ponencia presentada en el Seminario *El miedo y la memoria. Una perspectiva de la represión franquista*, organizado por la Universidad de Oviedo en Pola de Laviana, 11-15 de julio de 2005. Las referencias bibliográficas que siguen se limitan a las obras mencionadas expresamente en el texto.

¹ A. TASCAS, *Nascita e avvento del fascismo*, Florencia, La Nuova Italia, 1950 (ed. orig. París, 1938).

² F. CHABOD, *L'Italia contemporanea (1918-1948)*, Turín, Einaudi, 1950.

³ L. SALVATORELLI-G. MIRA, *Storia d'Italia nel periodo fascista*, Turín, Einaudi, 1956.

mayoría del pueblo italiano.

Se trataba de una perspectiva que, además, hallaba confirmación en las reflexiones de Croce sobre la historia de Italia⁴ y en las tesis de la “enfermedad moral”, las cuales veían al fascismo como un “paréntesis”, como un fenómeno de naturaleza irracional, ligado a las consecuencias de la guerra, que había corrompido un organismo precedentemente sano y frenado el camino de progreso político y civil iniciado por la vieja clase dirigente liberal. La interpretación de Piero Gobetti del fascismo como una “autobiografía de la nación”, simétricamente opuesta a las tesis crocianas y, sin duda, más rica de apuntes problemáticos, no encontró durante esos años una resonancia significativa: más aún cuando parecía conectar el fenómeno fascista a los nudos sin resolver de la historia de Italia, a partir de la ausente reforma protestante, para seguir con los vicios seculares de las clases dirigentes y el carácter del pueblo italiano, dentro de una perspectiva que corría el peligro de anular la autonomía y la especificidad del fascismo, sacándolo del contexto históricamente determinado de la Italia y la Europa de entreguerras.

El propio nacimiento, tras la Liberación, de una nueva generación de historiadores de orientación marxista no modificó, en una primera fase, esta situación general. Sobre la base de las notas de Gramsci sobre el *Risorgimento*⁵, se procedió eso sí a una revisión crítica de algunas cuestiones de la historia de la Italia liberal, ensanchando el horizonte del análisis desde el Estado y las clases dirigentes al movimiento obrero, socialista y, en general, a las clases subalternas. Pero no tuvieron tanta fortuna las notas de Gramsci sobre *Americanismo y fordismo*⁶, que proponían una lectura de la “gran crisis del 29” y del mismo fascismo en clave de “revolución pasiva”, es decir, de reorganización de los aparatos hegemónicos y de reactivación de los mecanismos de desarrollo. Una lectura, creo necesario subrayarlo, absolutamente heterodoxa tanto respecto a la interpretación de Croce, como respecto al cuadro teórico de la “crisis general” del capitalismo elaborado en los años treinta por la Internacional Comunista y heredado, aunque no sin enriquecerlo, por el grupo dirigente del Partido Comunista Italiano (PCI). Así que en el área político-cultural marxista prevaleció en aquellos años una interpretación del fascismo como expresión de los grupos dominantes del capitalismo italiano que, en consonancia con la cultura antifascista liberal, subrayaba sobre todo los elementos de “retraso” en el desarrollo económico y social del país, y que, más allá de su matriz clasista, evocaba también la imagen de dominio de una reducida minoría superpuesta al conjunto de la sociedad.

Los estudios sobre el antifascismo italiano siguieron en esos años un recorrido estrechamente ligado a la investigación más general sobre el fascismo. Sin embargo, fueron adquiriendo un valor más directamente político y acabaron resintiéndose, en los años del “centrismo”, de los condicionamientos y de las contraposiciones ideológicas típicas de la fase más aguda de la “guerra fría”. Por ello la memoria del antifascismo, igual que la de la Resistencia, tras la ruptura de los gobiernos de unidad antifascista en 1947 y durante los años cincuenta fue cultivada

⁴ B. CROCE, *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*, Bari, Laterza, 1928.

⁵ A. GRAMSCI, *Il Risorgimento*, Turín, Einaudi, 1949.

⁶ A. GRAMSCI, *Note sul Machiavelli sulla politica e sullo Stato moderno*, Turín, Einaudi, 1949.

solamente por las fuerzas de la izquierda y por algunos sectores más progresistas de la cultura laica y católica. Mientras tanto, en la prensa moderada, en las celebraciones oficiales, en la información y en la escuela pública se extendía una pesada cortina de silencio, en nombre de una deseable “pacificación nacional” que, con la bendición de la Iglesia de Pío XII, sostenía una estrategia del olvido y, bajo ciertos aspectos, incluso una continuidad de valores católico-conservadores entre la Italia fascista y la posfascista. De ahí que la primera historiografía sobre el antifascismo y la Resistencia desempeñara un papel esencial al mantener vivas esas tradiciones en el país y al salvaguardar su conocimiento y su memoria entre las nuevas generaciones.

Lo cual no quita para que esa historiografía reflejara en buena medida la orientación de las investigaciones sobre el fascismo, caracterizada por una visión estática del fascismo y del antifascismo como campos contrapuestos y casi separados de la evolución de la sociedad italiana en general. La función del antifascismo corría así el riesgo de configurarse como una simple base del movimiento de la Resistencia, como una acción testimonial por parte de una minoría ilustrada que no había renunciado a los propios ideales y había dado voz a la protesta de un pueblo oprimido y enmudecido, para retomar luego, tras la caída del régimen, su lugar en la dirección de la lucha del pueblo italiano para la conquista de la democracia, la liberación nacional y el renacimiento político y civil del país. Esta tesis tenía su parte de verdad, pero, además de eludir la complejidad de las relaciones entre antifascismo y Resistencia, solía caer en una imagen simplificadora del antifascismo italiano, de su especificidad en el contexto europeo y de la centralidad que la renovación de su cultura política y las experiencias maduras en la clandestinidad y el exilio tuvieron en su ulterior desarrollo, en las características originales que adquirió, entre 1943-1945, el movimiento de la Resistencia.

2. En el curso de los años sesenta los límites de esta primera cosecha de estudios, por otra parte más que justificables, salieron a la luz cada vez con mayor claridad, poniendo las bases para el surgimiento de nuevas tendencias historiográficas. Las investigaciones internacionales sobre el fascismo, en particular sobre el nacionalsocialismo alemán, estaban conociendo por entonces un periodo de profunda renovación. Pero el factor determinante lo constituyó en Italia la fase de cambios políticos y culturales que había acompañado a la gran transformación económico-social del “milagro económico” y la apertura hacia Europa. Serían años aquellos de crisis del centrismo y de formación de gobiernos de centro-izquierda, de reformas en la economía y el trabajo, de renovación de los manuales escolares y los programas de la radio-televisión (donde, por primera vez, tuvieron sitio los temas del fascismo, el antifascismo y la resistencia), de una nueva estación de cine y de relajamiento de las normas de la censura (la emisión de *El gran dictador* sólo pudo hacerse en 1961), de surgimiento de grandes movimientos colectivos (obreros, estudiantes, mujeres) y de afirmación en amplios sectores del país de una nueva sensibilidad para conjugar el antifascismo con una profunda renovación de la sociedad y el Estado.

Al mismo tiempo, también a nivel político-institucional, se asistió en esos mismos años a una relegitimación del antifascismo y la Resistencia como principios fundacionales de la Italia republicana, con una vuelta a las celebraciones unitarias extendidas a todas las fuerzas del arco institucional y haciendo hincapié en la lucha de liberación como regeneración del pueblo italiano en continuidad con las mejores tradiciones del *Risorgimento*. En el centro de la reflexión de los historiadores se colocaron ahora dos temas radicalmente nuevos: por un lado, la insuficiencia de la categoría interpretativa del fascismo en su doble lectura de “estancamiento económico” y de dictadura política que había dominado el marco interpretativo en los precedentes quince años, así como la necesidad de profundizar en las transformaciones económico-sociales que habían tenido lugar en Italia durante el régimen fascista, en particular en los años treinta; por otro lado, los factores de continuidad y discontinuidad del fascismo respecto a la Italia liberal, pero también las herencias que habían sobrevivido a la propia ruptura de la Resistencia y del nacimiento de la Italia republicana.

Tales orientaciones, a partir de las contribuciones pioneras de Alberto Aquarone⁷ y Enzo Santarelli⁸, comportaron un desplazamiento de la atención de los estudiosos desde los orígenes del régimen hacia su institucionalización, tanto desde el punto de vista de los cambios institucionales como de las nuevas relaciones entre Estado y economía, y los instrumentos de encuadramiento de las masas en el ámbito de la dictadura. La publicación de las *Lecciones sobre el fascismo* de Togliatti⁹, seguida del redescubrimiento, gracias a la nueva edición crítica de los *Cuadernos de la cárcel*¹⁰, de la investigación pionera de Gramsci sobre el fascismo precedentemente olvidada, abrieron en ese sentido un campo de reflexión nuevo sobre el régimen de masa en los años treinta. Al mismo tiempo, desde una perspectiva cada vez más polémica con la cultura de la izquierda y dentro de un marco interpretativo y de una orientación metodológica fuertemente controvertidos, Renzo de Felice abordaba en su monumental biografía de Mussolini¹¹ temas, como el del consenso, antes marginados o apartados por la historiografía que se reconocía en el antifascismo.

El tema del consenso se convirtió así, entre los historiadores de todas las tendencias, un dato imprescindible y un concepto central del debate sobre las características estructurales del Estado y del régimen fascista. Por una parte, Renzo de Felice ha propuesto una interpretación del fascismo como “revolución autónoma de las clases medias” que habría conducido a una dictadura de tipo carismático guiada por Mussolini, a cuya figura habría que reconducir, en último término, todas las decisiones fundamentales del régimen. Privilegiar el “rol personal” de Mussolini ha llevado a De Felice a negar la existencia de cualquier vinculación orgánica entre fascismo y capitalismo italiano, y a delinear incluso en

⁷ A. AQUARONE, *L'organizzazione dello Stato totalitario*, Turín, Einaudi, 1965.

⁸ E. SANTARELLI, *Storia del movimento e del regime fascista*, Roma, Editori Riuniti, 1967.

⁹ P. TOGLIATTI, *Lezioni sul fascismo*, a cura di E. Ragionieri, Roma, Editori Riuniti, 1970.

¹⁰ A. GRAMSCI, *Quaderni del carcere* (a cura di V. Gerratana), Turín, Einaudi, 1975, A. GRAMSCI, *Quaderno 22. Americanismo e fordismo*, F. De Felice (ed.), Turín, Einaudi, 1978.

¹¹ R. DE FELICE, *Mussolini*, Turín, Einaudi, 1965-1997 (9 volúmenes).

los años treinta y hasta bien avanzada la guerra un consenso de masa con el régimen tan generalizado como para redimensionar drásticamente el peso de los aparatos represivos del Estado fascista en el mantenimiento de los equilibrios del sistema.

Por el contrario, muchos otros autores –entre los cuales Enzo Collotti¹² y Nicola Tranfaglia¹³– han insistido en la alianza política entre el fascismo y las élites tradicionales en la economía, la sociedad y el Estado, y con la Iglesia católica, como llave necesaria para la conquista del poder y para la consolidación del régimen: una alianza que tenía como centro la represión violenta de las organizaciones de clase de los trabajadores y los conflictos sociales, la construcción de una sociedad jerárquicamente estructurada y destinada a satisfacer las expectativas de orden y seguridad de las clases medias, así como las exigencias de los grupos dominantes que veían amenazado el propio estatus por un proceso de democratización de las instituciones liberales que habría inevitablemente visto entre sus protagonistas a los partidos y las fuerzas del movimiento obrero¹⁴. Por parte de estos autores se ha subrayado, en polémica con De Felice, cómo la cuestión del consenso no puede separarse, en Italia como en Alemania, ni del carácter meramente plebiscitario, y por tanto ajeno a cualquier participación política verdadera, de la movilización de masas promovida por el régimen, ni de la acción sistemática del Estado fascista para destruir toda clase de pluralismo político, social y cultural a través del monopolio de los medios de comunicación de masa y el empleo de un enorme aparato de prevención y de represión.

El resultado más importante de esa nueva cosecha de estudios fue el impulso para llevar a cabo una investigación a todo campo sobre el régimen fascista y sobre su impacto en la sociedad italiana, superando la contraposición crociana entre fascismo e historia nacional. Y, asimismo, plantear a la vez una reflexión a largo plazo sobre la entera historia de la Italia unida, más allá de las formas político-institucionales marcadas por el Estado liberal, por el fascismo y por la República. Particular interés ha adquirido en ese contexto el debate sobre el tema de la continuidad-discontinuidad del Estado, en referencia sea a la supervivencia en la Italia fascista de instituciones como la monarquía y de aparatos burocráticos presentes en la época liberal, sea a la tensión generada en los años treinta entre las tendencias favorables a un Estado autoritario y las presiones dentro del régimen para conseguir un control totalitario sobre la sociedad y una fascistización de las masas puesta la mira en la creación del “hombre nuevo” fascista y la puesta en marcha de la expansión imperial.

El precario compromiso alcanzado en ese campo entre el fascismo, las fuerzas conservadoras tradicionales que constituían los pilares portantes del régimen –la monarquía, las élites burocráticas y militares, el gran capital industrial y financiero– y la propia Iglesia católica después de la “conciliación” ha hecho que, a menudo, se dé la imagen de un “totalitarismo imperfecto”. Sin embargo, en este

¹² E. COLLOTTI, *Fascismo, fascismi*, Florencia, Sansoni, 1989.

¹³ N. TRANFAGLIA, *Labirinto italiano. Il fascismo, l'antifascismo, gli storici*, Florencia, La Nuova Italia, 1989.

¹⁴ Ver E. COLLOTTI, *Fascismo, fascismi*, cit., p. 51-52.

sentido, corresponde a Emilio Gentile el mérito de haber demostrado cómo la ideología y la cultura fascista correspondían a una idea totalmente coherente de Estado totalitario, y cómo se tradujeron en organizaciones, en instituciones y en un sistema de creencias y mitos, de ritos y símbolos, que tendían a construir una nueva forma de religión política exclusiva e impuesta como fe colectiva. Es esta perspectiva, incluso más allá de su efectiva realización histórica, la más adecuada para destacar la novedad y la originalidad del fascismo italiano y, más en general, del fenómeno de los fascismos a escala europea¹⁵.

La profundización en el conjunto de estos temas ha conllevado, además, un ensanchamiento de las investigaciones hacia el creciente intervencionismo del Estado en múltiples ámbitos de la sociedad, como la formación del Istituto per la Ricostruzione Industriale (IRI) y del Istituto Mobiliare Italiano (IMI), el control del crédito bancario, los aparatos de la administración, la política social y asistencial, el desarrollo de las organizaciones de masa (sindicato, Dopolavoro, Gioventù Italiana del Littorio), la relación con los intelectuales y las diversas formas de “organización de la cultura”. Al mismo tiempo, la categoría del estancamiento económico ha dado paso a un reconocimiento más atento de los procesos de concentración monopolística y de las relaciones entre el fascismo y las fuerzas más dinámicas del capitalismo italiano. Así como de la emergencia, aunque gradual y contradictoria, en los años treinta de nuevos modelos y estilos de vida típicos de una sociedad industrial más desarrollada, comenzando por el uso del tiempo libre y la difusión de los medios de comunicación de masa.

Se ha puesto así de manifiesto la necesidad de analizar los comportamientos, la mentalidad y la cultura de los diferentes grupos sociales, desde el variado mundo de los intelectuales, de los funcionarios estatales y del sistema de valores de la pequeña burguesía hasta, en otra vertiente, las clases populares de los obreros de la industria o los medieros de la Italia centro-septentrional. Precisamente las clases trabajadoras han empezado a ser estudiadas ya no como un cuerpo homogéneo, indefectiblemente contrario al régimen, sino a partir de sus estratificaciones sociales, culturales, territoriales o generacionales. En fin, un campo de investigación absolutamente nuevo se ha abierto con la historia de las mujeres, las cuales vivieron los años del régimen en la contradicción entre las tendencias emancipadoras puestas en marcha desde el primer decenio del siglo XX, la movilización totalitaria del régimen y la ideología regresiva del fascismo, que tendía a relegarlas, de acuerdo con el discurso de la Iglesia, a sus roles familiares tradicionales. Este conjunto de investigaciones ha sido posible gracias a un desarrollo mucho más amplio que en el pasado de la historia regional y local, pese al retraso de Italia en comparación con el estadio mucho más avanzado de tales estudios sobre la Alemania nazi.

La renovación general de la historiografía sobre el fascismo italiano, pero también la revisión crítica, bajo el impulso de los movimientos de contestación

¹⁵ E. GENTILE, *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1993, Id/, *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, Florencia, La Nuova Italia Scientifica, 1995; Id/ *Il fascismo. Storia e interpretazione*, Roma-Bari, Laterza, 2002.

juvenil del 68, de la interpretación de la Resistencia en clave de unidad popular nacional hegemónica en el área político-cultural de las izquierdas, trajo consigo entre los años setenta y ochenta una mayor amplitud de horizontes también en la historia del antifascismo. De manera que el panorama historiográfico se enriqueció con aportaciones fundamentales sobre cada una de las principales fuerzas antifascistas, gracias también a que sólo entonces pudo accederse a los documentos conservados en el Archivo Central del Estado y en otros archivos personales y de partido con sede en Italia y Europa. En este ámbito tuvo especial relevancia el nacimiento de una historiografía científica sobre el comunismo italiano, con la apertura a los estudiosos del riquísimo archivo del PCI y la publicación de la magna obra de Paolo Spriano¹⁶. A ésta siguió una fecunda cosecha de estudios que tuvo como centro el redescubrimiento de la originalidad del pensamiento de Gramsci y que llevó a cabo una reflexión crítica sobre algunos puntos claves de la historia del PCI, como las relaciones entre Gramsci y Togliatti, el “giro” de 1929-1930 o los lazos con la URSS y el estalinismo. Estudios que vieron la participación de protagonistas e historiadores de orientaciones políticas y de generaciones diferentes, conjugando el compromiso político y civil con la seriedad y el rigor en el método histórico.

En su conjunto estos estudios han sacado a la luz la continuidad, no sólo teórica, sino también política e ideológica entre los partidos y los grupos antifascistas en la clandestinidad y el exilio, y los reconstituidos en la Italia posterior a 1943. Simona Colarizi ha escrito en este sentido que, en el momento de andar ese difícil camino, el antifascismo se presenta “como momento activo, dinámico, factor de la historia y protagonista también él de un mundo [...] que no ha conseguido anularlo”. De este itinerario surge el cuadro de una “minoría activa, vital y en movimiento interno”, que, lejos de permanecer anclada “a los esquemas políticos e ideológicos que se habían expresado en los años del Estado liberal”, elabora una propia “identidad ideológica nueva, que resurgirá al día siguiente de la liberación del país”¹⁷. Han salido así a la superficie temas esenciales para comprender mejor el papel determinante que aguardaba al antifascismo en la historia de Italia.

Ante todo el proceso de formación, usando los términos de Ernesto Ragionieri, de “núcleos dirigentes dotados de una madurez y de experiencias que el movimiento democrático italiano no había conocido nunca en el curso de su historia”¹⁸. A ello se añadió una profunda renovación de culturas políticas que condujo al encuentro entre antifascismo y democracia, y a la elaboración en los años de los frentes populares de un programa positivo y ampliamente compartido para el renacimiento del país. Este programa se centraba en la construcción de una nueva democracia participativa y socialmente avanzada como meta de la lucha

¹⁶ P. SPRIANO, *Storia del Partito Comunista Italiano*, Turín, Einaudi, 1967-1975 (5 volúmenes).

¹⁷ S. COLARIZI, *L'Italia antifascista. La lotta dei protagonisti dal 1926 al 1940*, Roma-Bari, Laterza, 1976, pp. 2-3.

¹⁸ E. RAGIONIERI, *Storia d'Italia. La storia politica e sociale*, Vol. IV(3), Turín, Einaudi, 1976, p. 2360.

antifascista: una democracia capaz de superar la marginación de las clases populares en el viejo Estado liberal, y de realizar profundas reformas estructurales tales como para cortar las raíces políticas y sociales del fascismo. Además, adquirieron cada vez más relieve la apertura del antifascismo hacia Europa, la relación directa y cercana establecida con las Internacionales obreras, con el comunismo soviético, con el socialismo francés, con el planismo belga y el austromarxismo, la participación activa en los grandes movimientos de masa del frente popular francés y la acción de solidaridad política y militar con la República española.

De estas experiencias derivó la apertura internacional que animó al conjunto de las fuerzas del antifascismo italiano y el empuje unitario entre sus componentes más significativos y avanzados, personificados por los comunistas, los socialistas y el grupo *Giustizia e Libertà* (Justicia y Libertad). En fin, de las investigaciones más recientes ha salido reconfirmado el valor de la acción clandestina llevada a cabo directamente en Italia, sobre todo por parte de los comunistas y de *Giustizia e Libertà*, con el objetivo de mantener viva una oposición activa en el país. Pese a que se hizo cada vez más débil en el transcurso de los años, esa acción, enlazándose con los grandes acontecimientos internacionales, constituyó un estímulo para la creación de nuevos grupos en el país y, también a través de la “escuela” de la cárcel y el confinamiento, llevó a la formación de miles de dirigentes y de cuadros que, seguidamente, estuvieron entre los principales organizadores de la Resistencia.

Esta riquísima cosecha de estudios proporcionó una nueva y más compleja visión de las relaciones entre antifascismo e historia de Italia. Y, en particular, emergió un tema histórico de importancia central: o sea, el encuentro entre los dirigentes y cuadros de las cárceles, del confinamiento, de la clandestinidad y el exilio, con la nueva generación antifascista que se había formado directamente en el país. Esa generación había seguido un recorrido autónomo en gran medida respecto al antifascismo histórico, al menos hasta 1941-1942, un recorrido que había comenzado ya con la incipiente disgregación de las bases de masas del régimen al final de los años 30 y que había madurado en contacto directo con la desastrosa conducción fascista de la guerra o, igualmente, frente a la catástrofe nacional del 8 de septiembre de 1943. Sin el encuentro entre estas dos generaciones la Resistencia italiana no habría podido desarrollar sus rasgos más originales, es decir, su carácter de movimiento de masa, su contenido de participación desde abajo y de profunda renovación política y social, que hicieron de ella uno de los factores determinantes del renacimiento democrático y civil tras la Liberación.

Con la finalidad de caracterizar los procesos históricos más profundos, los recorridos individuales y colectivos que contribuyeron a este resultado, se ha planteado la exigencia de ir más allá del ámbito sectorial de una historia interna o de la actividad conspirativa de los grupos organizados del antifascismo, para poner en el centro de la atención dos temas centrales: por una parte, citando a Victoria De Grazia, el fracaso del proyecto de nacionalización de las masas impulsado por el régimen fascista¹⁹; por otra parte, el “largo viaje” de las jóvenes generaciones a

¹⁹ V. DE GRAZIA, *Consenso e cultura di massa nell'Italia fascista. L'organizzazione del*

través del fascismo; un tema este último abordado, en referencia a los intelectuales, por un trabajo pionero de Ruggero Zangrandi aparecido en 1947²⁰. Pero un campo de investigación mucho más amplio se ha revelado el de la historia de las clases populares durante el fascismo, con particular atención a los obreros del triángulo industrial y los jornaleros y medieros de la Valle Padana, a sus condiciones de vida y trabajo, a sus comportamientos, sus mentalidades y su cultura en los años del régimen. A pesar de que se trata de un trabajo aún en sus inicios, algunas primeras publicaciones sobre realidades tan diversas como Turín, Génova, Milán o Porto Marghera, sobre algunas localidades de la Emilia y sobre Terni son ya indicativas de la profunda renovación que puede llegar también desde el plano metodológico –piénsese en las fuentes orales²¹– para los fines de la historia del antifascismo.

De ahí ha derivado la definición de categorías analíticas más complejas, capaces de ir más allá de la antítesis entre consenso y oposición que ha caracterizado durante largo tiempo, respectivamente, la investigación defeliciana y la cultura antifascista tradicional. Y capaces de profundizar mejor, como ha escrito Dianella Gagliani, las “actitudes, los códigos de comportamiento, los modos de vida, las ideas, las visiones del mundo, las exigencias, los sueños de las clases populares”, captando la trama compleja de la interacción entre “la conciencia social, la relación establecida con las clases dirigentes y dominantes, las mediaciones con el patrimonio ideal del movimiento obrero”²². Desde esta nueva óptica, la adquisición más importante ha sido el estudio de las clases populares como sujeto autónomo y, por tanto, no asimilable al antifascismo organizado. También aquí el encuentro entre las clases trabajadoras y el antifascismo no habría sido un resultado predeterminado, sino la culminación de un largo y complejo proceso político, social y cultural. El hecho de que en Italia, a diferencia de Alemania, este encuentro haya tenido lugar constituye otra prueba más del lugar que corresponde al antifascismo en la historia nacional.

3. Hay que precisar, sin embargo, que a partir de la mitad de los años 80 se ha asistido en Italia al surgimiento de orientaciones de signo profundamente diverso. Sobre el plano más propiamente historiográfico, Renzo De Felice, en los últimos volúmenes de su biografía mussoliniana, ha tendido cada vez más a minimizar la incidencia real del antifascismo en Italia y su contribución directa o indirecta a la caída del régimen. Además, en los escritos más recientes, De Felice ha propuesto una lectura del 8 de septiembre de 1943 como una catástrofe irremediable que habría arrastrado en un abismo sin retorno a toda la nación. Lejos

Dopolavoro, Roma-Bari, Laterza, 1981.

²⁰ R. ZANGRANDI, *Il lungo viaggio attraverso il fascismo. Contributo alla storia di una generazione*, Milán, Feltrinelli, 1962 (2 ed.).

²¹ Obligatoria es la referencia a L. PASSERINI, *Torino operaia durante il fascismo. Una storia orale*, Roma-Bari, Laterza, 1984, A. PORTELLI, *Biografia di una città. Storia e racconto: Terni 1890-1985*, Turín, Einaudi, 1985.

²² D. GAGLIANI, “Culture popolari negli anni del fascismo”, *Italia contemporanea*, 157 (1984), pp. 63-65.

de reconocer a la Resistencia el carácter de movimiento de regeneración nacional y de renovada identidad democrática y civil del país, De Felice ha representado la Italia del periodo 1943-1945 como un país desgarrado por la guerra civil entre dos estrechas minorías, ante la pasividad y la indiferencia de la gran mayoría del pueblo italiano²³. Siguiendo la corriente de estas ideas, en un clima político marcado por la ofensiva “neoliberal”, los sostenedores italianos del llamado “revisiónismo histórico” han tratado de cancelar el antifascismo y la Resistencia de la historia del siglo XX y de negar cualquier crédito científico a la cultura que se reconoce en la tradición antifascista y su sistema de valores.

El eje de esta operación es una lectura liquidadora de la historia de la Italia republicana en su conjunto, a la luz precisamente del carácter antifascista de la Constitución. En este contexto el antifascismo ha sido presentado como una ideología contraria a un supuesto modelo liberal, justo porque lleva consigo un proyecto de democracia participativa fundada sobre una sociedad fuertemente estructurada en partidos, sindicatos, movimientos y asociaciones. Precisamente porque se basa en una democracia socialmente avanzada, basada sobre la indisolubilidad entre derechos políticos y derechos sociales de ciudadanía y, por tanto, hostil al primado absoluto del principio de propiedad y de una economía de mercado sin frenos y sin reglas. Asimismo, se intentado desencajar la realidad histórica del antifascismo como momento de encuentro e interacción entre fuerzas diversas, presentándolo, sobre la base de las ideas de François Furet²⁴ y sus epígonos, como un movimiento totalmente hegemonizado por un Partido Comunista cuya historia ha sido apartada de la sociedad italiana y degradada a ser un mero apéndice de la voluntad y los crímenes de Stalin.

Por otro lado, se ha acusado ásperamente a la Resistencia de presuntas carencias de la identidad nacional italiana, asociándolas a la llamada “muerte de la patria” que, según sostiene Ernesto Galli della Loggia, habría seguido a la caída del régimen fascista y a la catástrofe nacional del 8 de septiembre²⁵. Con este procedimiento no sólo se elude uno de los grandes nudos de la historia de Italia, o sea, el encuentro entre clases trabajadoras y nación que tuvo lugar por primera vez precisamente en el curso de la Resistencia, sino también se anula la afirmación en ésta de un nuevo modo de conjugar nación y democracia, respecto a la degeneración que el concepto de patria había sufrido como consecuencia de la teoría y la práctica del nacionalismo y del fascismo. Pero aún hay más: con este procedimiento, como subraya Claudio Pavone²⁶, se olvida otro aspecto esencial, es decir, el hecho de que gracias a la Resistencia fue posible poner en marcha un “ajuste de cuentas” con el fascismo, devolver la dignidad al pueblo italiano como sujeto activo de la propia liberación y realizar la regeneración y la reincorporación

²³ R. DE FELICE, *Il rosso e il nero*, entrevista realizada por P. Chessa, Milán, Baldini & Castoldi, 1995.

²⁴ F. FURET, *Il passato di una illusione. L'idea comunista nel XX Secolo*, Milán, 1995.

²⁵ E. GALLI DELLA LOGGIA, *La morte della patria. La crisi dell'idea di nazione tra Resistenza, antifascismo e Repubblica*, Roma-Bari, Laterza, 1999 (2 ed.)

²⁶ C. PAVONE, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità della Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991.

de Italia al conjunto de Europa y las naciones civiles.

La lectura “neoliberal” de la historia de la República se ha ido entrelazando, a pesar de su teórica defensa de los valores liberales, con otra tendencia de matriz posfascista e incluso neofascista hacia la revalorización más o menos explícita del régimen fascista y hacia una legitimación histórica incluso de la República de Salò. Y esto en nombre de una aseverada “pacificación” nacional que, como han observado Giovanni De Luna y Marco Revelli, debería pasar por una “superación” de las divisiones del pasado y una equiparación política y moral entre los combatientes de la Resistencia y los fascistas de Salò²⁷. Con esta operación se esconden, por un lado, los objetivos opuestos por los cuales combatían las dos partes, por otro se confunden de manera intencionada dos planos que tendrían que permanecer rigurosamente separados: se decir, se confunden la percepción subjetiva de algunos protagonistas (las ilusiones y desilusiones de la que Roberto Battaglia definía una “generación perdida”²⁸) con el papel desempeñado efectivamente por la República de Salò como ejecutor y cogestor de las órdenes del invasor alemán, con todo lo que ello conllevó de catástrofes y horrores, desde el sometimiento de la nación que culminó con la práctica anexión al Tercer Reich de las regiones de la Italia nordoriental, a las matanzas contra partisanos y civiles y la deportación y exterminio de los judíos. La historia real ha sido sustituida por una historia virtual, expediente que se acompaña con un intento de “desfascistizar” el fascismo, por usar el término de Emilio Gentile, algo que suena a ofensa a la historia y la conciencia democrática y civil de Italia, antes incluso que a la memoria de las víctimas.

Todavía hay otro aspecto que merece atención. El destinatario privilegiado de la campaña revisionista de los últimos años ha sido, de hecho, no ya la comunidad científica, sino la opinión pública más amplia, con el objetivo declarado de formar un nuevo “sentido común”. No parece pues casual que sus principales protagonistas hayan sido sobre todo los medios de comunicación, desde los programas televisivos a las revistas y la prensa cotidiana, hasta desembocar en una verdadera cruzada contra la presunta manipulación de toda la historia de Italia, de la cual sería responsable la cultura histórica consolidada, y contra los manuales de historia incluso a nivel institucional. A la función educativa y cívica que acompaña el ejercicio del oficio de historiador, mediante el uso constante del método crítico y la reconstrucción de los nexos necesariamente complejos que unen pasado y presente, se ha opuesto el adanismo, el empezar de cero, y la relectura del pasado filtrada a través de los estereotipos de la polémica política contingente. La verdadera apuesta hoy está no sólo en la liquidación de un patrimonio político e ideal que ha sido, y es todavía, esencial para la formación de una auténtica identidad nacional democrática y europea, sino también en el estatus mismo de la historia como disciplina científica, pues se preferiría verla sustituida por un acervo de mensajes simplificados y, sobre todo, adecuados para la comunicación

²⁷ G. DE LUNA- M. REVELLI , Fascismo. Antifascismo. Le idee, le identità, Florencia, La Nuova Italia, 1995, pp. 1-7.

²⁸ R. BATTAGLIA, Storia della Resistenza italiana, Turín, Einaudi, 1964 (2 ed.), pp. 302-306.

mediática.

La novedad y la riqueza del antifascismo y de la Resistencia italiana radicarón en la confluencia de una multiplicidad de tradiciones políticas y culturales diferentes en un movimiento unitario, que tenía como centro el renacimiento democrático y civil del país a partir de las ruinas dejadas por la dictadura fascista y por su gran corresponsabilidad en la guerra de agresión y de exterminio guiada por la Alemania nazi. Que se malograrán las fuerzas más innovadoras del movimiento de la Resistencia o surgieran las contraposiciones políticas e ideológicas determinadas por el comienzo de la guerra fría no puede esconder, en este contexto, el “salto de calidad” que supuso en la historia de Italia la Constitución republicana y la vinculación insoslayable sancionada por ella entre antifascismo y construcción de una democracia profundamente diversa del Estado liberal prefascista.

Como ha señalado Pietro Scoppola, los principios programáticos del nuevo Estado han marcado la superación definitiva de la fase «puramente negativa de la unidad antifascista»: con la Constitución, de hecho, el antifascismo se convirtió en «afirmación positiva de valores opuestos a aquellos sobre los que el fascismo había movilizadado la nación: no sólo fueron recuperados y redefinidos los grandes valores de la tradición liberal sobre libertades civiles y políticas, sino que, además, a éstos se saldaron nuevos valores de solidaridad social, interpretando democráticamente las aspiraciones del movimiento obrero». En este sentido, el antifascismo no puede considerarse «un residuo del pasado ya sepultado por el tiempo junto a su antagonista histórico» (el fascismo), sino que, por el contrario, constituye «un carácter irrenunciable de nuestra democracia, que no puede ser olvidado sin perder un punto de referencia esencial para nuestra historia»²⁹.

En Italia el revisionismo histórico se ha alimentado de las enormes transformaciones de los últimos veinte años, pero más aún de la grave crisis moral e institucional provocada por la desintegración del sistema de partidos que había presidido el nacimiento de la República en la segunda posguerra, y que ha llevado a la formación de un gobierno formado por fuerzas que, en su gran mayoría, no se reconocen en la Constitución republicana, entre las cuales destaca el partido posfascista Alleanza Nazionale. Todo ello adquiere el significado de una revancha y de una renovada absolución por parte de un sector no pequeño de la sociedad italiana que había sostenido el fascismo, y que incluso tras su caída se negó a afrontar un examen crítico y autocrítico sobre lo que fuimos y lo que somos hoy, procediendo de esa manera a una auténtica asunción de responsabilidades, como en cambio ha ocurrido en Alemania.

Lo que hoy se pone en discusión no es tanto el papel jugado en el pasado por el antifascismo y la Resistencia, como sobre todo el proyecto para la construcción de una nueva Italia y una nueva Europa que esos movimientos encarnaron. Un proyecto, es necesario precisar, diferenciado y con muchas almas, cuyo legado aparece hoy día aún más actual y vital, en un mundo que algunos querrían ver dominado por el ocaso de la democracia como participación, por la

²⁹ P. SCOPPOLA, 25 aprile. *Liberazione*, Turín, Einaudi, 1995, pp. 52-59.

disolución de cualquier nexo de solidaridad social, por la extensión de un “libre mercado” totalmente desvinculado de las reglas de la democracia, por la atomización de la sociedad y el recurso a una “guerra infinita” como expresión y símbolo de la hegemonía mundial del más rico o fuerte. En otras palabras, el antifascismo y la Resistencia están bajo tiro en la Italia actual no sólo por lo que han representado en la pasada historia de nuestro país, sino también y sobre todo por lo que pueden representar hoy en términos de memoria y de esa conciencia histórica colectiva que a la escuela y la universidad corresponde conservar y transmitir a las nuevas generaciones.

4. Creo necesario concluir con algunas consideraciones sobre las dimensiones de la represión desplegada por el Estado fascista. Si nos limitáramos a tomar en consideración sólo los datos relativos a los 5.619 procesados y a los 4596 condenados a 27.735 años de cárcel por el Tribunal Especial, o a las 42 condenas de muerte emanadas entre 1926 y 1943 por ese mismo órgano, en especial contra los independentistas eslovenos, a las 15.000 órdenes de confinamiento, podría caerse en la tentación de considerar el fascismo italiano una dictadura relativamente blanda respecto a las enormes cifras de víctimas políticas que ensangrentaron la Alemania nazi y la España franquista. En realidad, junto a la oleada impresionante de violencias, destrucciones y asesinatos perpetrados en la fase precedente y sucesiva al ascenso del fascismo al poder, junto a la eliminación en circunstancias diversas de algunos de los más eminentes opositores, de Matteotti a Gobetti, de Amendola a Gramsci, a Carlo y Nello Roselli, la investigación histórica más atenta ha puesto en evidencia cómo a esas cifras aquí citadas deban sumarse las de 160.000 personas sometidas a procedimientos administrativos de policía, igual que las de miles de arresto preventivos de presuntos opositores con ocasión de conmemoraciones internacionales del movimiento obrero o de celebraciones del régimen a lo largo de veinte años. Además, los más recientes estudios sobre la OVRA, entre los cuales se subraya el de Mimmo Franzinelli³⁰, han reconstruido las dimensiones capilares de la red de espionaje que se introducía hasta en la vida privada de las personas y el carácter invasivo del control social por parte de los órganos del régimen para el acceso a bienes fundamentales como los beneficios asistenciales, el empleo, las asunciones y los ascensos en la carrera dentro de la administración pública.

Un segundo aspecto no menos importante tiene que ver con la represión contra los partisanos y las matanzas de civiles durante la guerra y dentro del régimen ocupación que vivió la Italia fascista. Aquí el estereotipo del “buen italiano” contrapuesto a la “fiera alemana” ha sustentado múltiples procesos de olvido y ocultación de crímenes de guerra o contra la humanidad, gracias en parte a razones políticas o diplomáticas, en parte a la impunidad asegurada a los altos mandos militares respecto a los crímenes perpetrados en la reconquista de Libia o la guerra de Etiopía (desde los campos de concentración para las poblaciones del

³⁰ M. FRANZINELLI, *I tentacoli dell'Ovra. Agenti, collaboratori e vittime della polizia politica fascista*, Turín, Bollati Boringhieri, 1999.

Gebel o de la Marmarica, al empleo de gases asfixiantes o la masacre de los monjes coptos de Debrá Libanós), el empleo de la aviación italiana en la guerra de España, la ocupación italiana en los territorios de la antigua Yugoslavia entre 1941-1943 o la propia represión y deportación de partisanos y civiles durante la ocupación alemana en Italia y la República de Salò. El caso de los procesos nunca celebrados a los criminales de guerra alemanes, estudiado por Mimmo Franzinelli y Michele Battini³¹, con la ocultación en el denominado “armario de la vergüenza”, durante los años de adhesión de la Alemania Federal a la OTAN, de los expedientes judiciales incoados contra ellos por masacres realizadas en territorio italiano, así como las diligencias archivadas, en la mayoría de los casos, o la rápida excarcelación de los máximos responsables de la República de Salò que se habían librado de la justicia partisana (de Rodolfo Graziani a Junio Valerio Borghese) en los mismos años en que abundaban los procesos contra los partisanos, parecen emblemáticos en tal sentido.

Es mérito de los historiadores _ Giorgio Rochat y Angelo Del Boca, para Libia y Etiopía³², Enzo Collotti y Teodoro Sala³³, para Yugoslavia y el territorio costero adriático y hasta el proceso a Trieste por la Risiera de San Sabba³⁴ (campo de exterminio de partisanos y otros perseguidos, y al mismo tiempo de tránsito para la deportación de los judíos en tierra italiana), de nuevo Collotti, Gerhard Schreiber, Lutz Klinkhammer y Friedrich Andrae³⁵ y otros investigadores italianos³⁶ para la ocupación alemana de Italia, la lucha antipartisana y la guerra contra los civiles (45.000 partisanos muertos, más de 9.000 víctimas civiles por represalia, 44.000 deportados a los Lager con altísimas tasas de mortalidad) o

³¹ M. FRANZINELLI, *Le stragi nascoste. L'armadio della vergogna: impunità e rimozione dei crimini di guerra nazifascisti, 1943-2001*, Milán, Mondadori, 2002; M. BATTINI, *Peccati di memoria. La mancata Norimberga italiana*, Roma-Bari, Laterza, 2003.

³² G. ROCHAT, *Guerre italiane in Libia e in Etiopia 1921-1939*, Treviso, Pagus, 1991; A. DEL BOCA, *Gli italiani in Africa orientale*, Roma-Bari, Laterza, 1976-1984 (4 volúmenes), A. DEL BOCA, *Gli italiani in Libia*, Roma-Bari, Laterza, 1986-1988 (2 volúmenes).

³³ E. COLLOTTI, *Il Litorale Adriatico nel Nuovo Ordine europeo 1943-1945*, Milán, Vangelista, 1974, E. COLLOTTI-T. SALA, *Le potenze dell'Asse e la Jugoslavia. Saggi e documenti 1941-1943*, Milán, Feltrinelli, 1974.

³⁴ A. SCALPELLI (ed.), *San Sabba. Istruttoria e processo per il Lager della Risiera*, Milán, Aned-Mondadori, 1976; T. MATTA (ed.), *Un percorso della memoria. Guida ai luoghi della violenza nazista e fascista in Italia*, Milán, Electa, 1996.

³⁵ E. COLLOTTI, *L'amministrazione tedesca nell'Italia occupata 1943-1945*, Milán, Lerici, 1963; L. KLINKHAMMER, *L'occupazione tedesca in Italia 1943-1945*, Turín, Bollati Boringhieri, 1993; F. ANDRAE, *La Wehrmacht in Italia. La guerra delle forze armate tedesche contro la popolazione civile 1943-1945*, Roma, Editori Riuniti, 1997 (ed. or. Munich, 1995); G. SCHREIBER, *La vendetta tedesca. 1943-1945. Le rappresaglie naziste in Italia*, Milán, Mondadori, 2000 (ed.or. Munich, 1966).

³⁶ L. PAGGI (ed.), *Storia e memoria di un massacro ordinario*, Roma, Manifesto-libri, 1996; M. BATTINI-P. PEZZINO, *Guerra ai civili. Occupazione tedesca e politica del massacro. Toscana 1944*, Venezia, Marsilio, 1997; G. GRIBAUDI (ed.), *Terra bruciata. Le stragi naziste sul fronte meridionale. Per un atlante delle stragi naziste in Italia*, Nápoles, L'Anchoredel Mediterraneo, 2003.

Davide Rodogno³⁷ para el área de los Balcanes y mediterránea en su conjunto— el haber reconstruido con detalle, a través de un gran trabajo de investigación intensificado de manera notable en el periodo más reciente, las responsabilidades directas o las profundas corresponsabilidades de la Italia fascista y, seguidamente, de la República de Salò. Asimismo, en la última década, Spartaco Capogreco³⁸ ha analizado la realidad específica de los campos de internamiento y de concentración instituidos por la Italia fascista con objetivos de confinamiento policial, segregación racial, deportación colonial y traslado de enteras comunidades de la Yugoslavia ocupada que, en el caso del campo situado en la isla de Arbe, llegaron a reproducir lógicas racistas y condiciones deshumanas paragonables a los Lager alemanes.

Queda por mencionar una nueva riquísima cosecha de estudios sobre la persecución de los judíos por parte del Estado fascista que, en los últimos años ha superado la visión endulzada del régimen y auto absolutoria del pueblo italiano, a la cual habían llegado las últimas investigaciones de Renzo De Felice³⁹. A través de los trabajos de Enzo Collotti, Klaus Voigt, Michele Sarfatti, Liliana Picciotto Fargion⁴⁰ y de otros estudiosos jóvenes, sin dejar de remarcar las diferencias en el recorrido histórico del fascismo italiano y el nazismo alemán, ha sido posible reconstruir la ubicuidad y la funcionalidad al proyecto totalitario del antisemitismo de Estado a partir de 1937-1938, junto a su progresiva radicalización en el curso de la guerra hasta llegar a la plena colaboración de la República de Salò en el arresto y la deportación hacia los campos de exterminio de más de 7.500 judíos italianos y extranjeros capturados en las regiones centro-septentrionales entre 1943-1945.

En la actual situación italiana, como ha señalado Filippo Focardi⁴¹, lo que más llama la atención es el cortocircuito que se producido entre los resultados de la investigación histórica y el uso público de la historia por parte de la clase política en el gobierno. Mientras en Alemania la Historikerstreit ha señalado un punto de deseable no regreso en el “ajuste de cuentas” con el pasado nazi, y mientras en Francia un proceso análogo ha afectado al régimen de Vichy y en España se está procediendo ya a una revalorización de la resistencia republicana y una eliminación

³⁷ D. RODOGNO, *Il nuovo ordine mediterraneo. Le politiche di occupazione dell'Italia fascista in Europa (1940-1943)*, Turín, Bollati Boringhieri, 2003.

³⁸ S. CAPOGRECO, *I campi del duce. L'internamento civile nell'Italia fascista (1940-1943)*, Turín, Einaudi, 2004.

³⁹ Se hace referencia aquí a la última edición de R. DE FELICE, *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo*, Turín, Einaudi, 1993, obra que, en el momento de su primera publicación en 1961, inauguró una nueva e importante fase en la historiografía.

⁴⁰ L. PICCIOTTO FARGION, *Il libro della memoria. Gli ebrei deportati dall'Italia (1943-1945)*, Milán, Mursia, 1991; K. VOIGT, *Il rifugio precario. Gli esuli tedeschi in Italia dal 1933 al 1945*, Florencia, La Nuova Italia, 1993-1996 (2 volúmenes) (ed.or. Stuttgart 1989-1993); M. SARFATTI, *Gli ebrei nell'Italia fascista. Vicende, identità, persecuzione*, Turín, Einaudi, 2000, y ahora E. COLLOTTI, *Il fascismo e gli ebrei. Le leggi razziali in Italia*, Roma-Bari, Laterza, 2003. Para una investigación detallada de ámbito regional una referencia obligatoria es E. Collotti (ed.), *Razza e fascismo. La persecuzione contro gli ebrei in Toscana (1938-1943)*, Roma, Carocci, 1999 (2 volúmenes).

⁴¹ F. FOCARDI, *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito politico italiano dal 1945 a oggi*, Roma-Bari, Laterza, 2005.

de los símbolos del régimen franquista, Italia parece haber tomado el camino contrario y constituye hoy una anomalía absoluta en la Europa occidental. Si bien el presidente Ciampi ha bajado con decisión al campo para defender los valores del antifascismo, de la Resistencia y de la Constitución republicana, por parte de alguna de las máximas autoridades institucionales no se pierde ocasión no sólo de invocar una “pacificación nacional” que pasaría por hacer tabla rasa de la historia y los principios fundacionales de la República, sino también de proporcionar una visión burdamente edulcorada del régimen fascista y de reivindicar incluso su lado más oscuro, es decir, el colaboracionismo de la República de Salò.

En el verano de 2004 el presidente del gobierno, Silvio Berlusconi, durante una entrevista a un periódico británico llegó a presentar el fascismo casi como una agencia turística especializada en placenteras estancias para opositores en nuestras islas más bellas, al mismo tiempo que, coincidiendo con el sesenta aniversario de la Liberación, ha sido presentado en el Parlamento un proyecto de ley que pretende equiparar jurídicamente los combatientes fascistas de Salò con los partisanos y los militares del Estado italiano, incluidos entre ellos los seiscientos mil capturados por los alemanes el 8 de septiembre de 1943 y que eligieron permanecer en los campos de concentración alemanes antes que enrolarse en los cuerpos fascistas de los colaboracionistas italianos.

Rescribir la historia mediante un rosario de falsedades y lugares comunes confiando en el control y el uso sin escrúpulos de los medios de comunicación de masas, sustrae, en ausencia de un serio debate de ideas en la sociedad civil, la conciencia crítica también sobre lo que sucede en el presente. “Quien controla el pasado controla el futuro”, escribía George Orwell en su célebre novela 1984, en la cual imaginaba un Ministerio de la Verdad dotado del absoluto control de los medios de información y destinado a una continua reescritura de la historia del pasado para uso del poder, incluso la invención de una nueva lengua en la cual los conceptos se convertían en eslóganes y los términos y significados de las palabras eran sistemáticamente trastocados.

Creo que hay bastante para meditar también sobre nuestro presente. Parafraseando el título de un bonito libro de Piero Bevilacqua, todo esto resalta aún más la utilidad de la historia en nuestras escuelas y nuestras universidades, porque la cultura histórica, por su propia naturaleza, ayuda a evitar la tendencia a la homologación, compara sistemas diversos de organización social y corrientes críticas de pensamiento, y ya sólo por ese hecho puede ayudar a afrontar de manera más consciente los procesos de transformación del mundo contemporáneo, manteniendo vivo en las nuevas generaciones «el germen rebelde de la crítica de lo existente, la aspiración a un mundo más adecuado a las simples necesidades humanas»⁴².

Traducción Javier Muñoz Soro

⁴² P. BEVILACQUA, *Sull'utilità della storia per l'avvenire delle nostre scuole*, Roma, Donzelli, p. 129.